

Históricas Digital

Juan A. Ortega y Medina

Reforma y modernidad

Alicia Mayer González (edición y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

224 p.

(Serie Historia General, 19)

ISBN 968-36-74-03-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/reforma_modernidad/365.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA REFORMA Y EL CAPITALISMO

Una contradicción palmaria. El espíritu del capitalismo

Un espejismo histórico bastante común nos hace ver en la Reforma la causa única del éxito y desarrollo del mundo moderno; pero en realidad su acción conformativa la realizó de modo reflejo, de rechazo, sin propósitos previos.¹⁰⁵ La propia denominación histórica, *Reforma*, nos está diciendo que en el fondo ella no fue un rompimiento absoluto, al menos al principio, aunque sí una depuración; un salvar la pureza original del cristianismo sobre del que pesaban demasiados abusos y deformaciones. Los credos protestantes, como no podía ser menos, aspiraron todos al universalismo tal como correspondía a su herencia histórica, a su aspiración *católica* tan ajena a los particularismos nacionales inmediatos; pero tuvieron que reducir a regañadientes sus pretensiones y acomodarse a las exigencias políticas del momento histórico: la veleta de los tiempos no hacía sino marcar la dirección general de la corriente nacionalista y los reformadores, bien que al trágala, tuvieron por fuerza que disimular sus ambiciones de amplia universalidad. El error de paralaje se nos consuma por la distancia a que nos encontramos de los hechos y por la presbicia histórica consiguiente. Resulta interesante y a la vez paradójico comprobar que a pesar de ser el luteranismo y el calvinismo dos revoluciones espirituales inspiradas en el pasado ideal del cristianismo primitivo, y que siendo ambos en la reimplantación del mismo pretendientes, contribuyeran, sin embargo, a la exaltación del mundo y hombre modernos de forma extraordinaria. El calvinismo que comenzó apoyando la economía gremial urbana,

¹⁰⁵ Como escribe Kohn, “los movimientos intelectuales, morales y sociales que surgieron del suelo fecundado con las enseñanzas y el espíritu dirigente de los reformadores, fueron mucho más lejos de lo que proponían sus doctrinas e intenciones” (Hans Kohn, *op. cit.*, p. 124).



acabó aceptando la industrial y financiera municipal. Podría haberse esperado de una dogmática como la calvinista una influencia enervante sobre el comercio y la industria; pero resultó lo contrario, pues el misticismo del trabajo, lejos de debilitar el progreso y desenvolvimiento económicos, probó ser en demasía útil. La Reforma, aunque sin un plan previo se entroncó con el gran proceso de evolución económica que venía gestándose desde la Edad Media, y que culminó en el Renacimiento, y por su parte cooperó sólidamente a la liquidación del sistema feudal. Una liquidación que en gran medida sólo fue posible gracias a la legalización ética, acordada por la Reforma conjuntamente con el Renacimiento, de la codicia, que llegó a convertirse en un estímulo bien útil para el bienestar general.¹⁰⁶ Por el lado de la historia política o económica no se ve muy bien de momento la contribución de la Reforma a semejante saldo histórico; pero lo cierto es, como asegura Troeltsch, que la gran lucha por la libertad mantenida a fines del siglo XVII dio la puntilla a la Edad Media; empero a la europea, pudiéramos argüir, que no a la española:

It is true that anyone who approaches the subject from the side of political or economic history, will not receive this impression, since in the late Middle Ages continued to develop without a break, and indeed to a large extent took Protestantism into their service. But anyone who approaches it from the side of the history of religion or social ethics or sciences, will not be able to escape the impression that it was only the great struggle for freedom at the end of the seventeenth and in the eighteenth century which really brought the Middle Ages to an end.¹⁰⁷

Aunque seductor y convincente el párrafo transcrito no podemos aceptar sin más ni más una causalidad histórica que se nos

¹⁰⁶ J. Huizinga, *El Otoño de la Edad Media*, traducción de J. Gaos, Buenos Aires, Edición de la Revista de Occidente, 1947, p. 40.

¹⁰⁷ E. Troeltsch, *op. cit.*, p. 86. [T. "Es verdad que cualquiera que se aproxime al tema por el lado de la historia política o económica, no recibirá esta impresión, pues desde la tardía Edad Media continuaba desarrollándose sin ruptura, y sin duda tomó en gran medida al protestantismo a su servicio. Pero cualquiera que se acerque a él desde el ángulo de la historia de la religión, de la ética social o de las ciencias, no podrá escapar a la impresión de que sólo fue la gran lucha por la libertad a fines del siglo XVII y del XVIII lo que realmente condujo a la Edad Media a su fin".]



antoja demasiado determinante, excesivamente simple y muy de resorte, pues nuestro intento se encamina a poner de relieve los caracteres reformistas que secundaron la transformación del mundo medioeval, antes que hospedarnos por los mesones de lo económico o por las hosterías de las ideas políticas, que si bien son abundantes por la vía de la Reforma no lo son todavía para nosotros en cantidad suficiente. Ni el individualismo, ni el inmanentismo, ni la economía liberal, ni la política de ayer ni la de hoy son estrictamente creaciones del protestantismo; como tampoco lo son el arte, la ciencia y la filosofía actuales. Sin embargo no es difícil, dispénsenos la insistencia, encontrar en todas estas manifestaciones humanas rasgos e influencias, pistas viejas o frescas de la herencia reformista. Una congerie de circunstancias históricas lo hicieron posible, de aquí que nuestra faena sea destacar y comprender las dichas circunstancias y los tales rasgos.

Con la vocación luterana y el ascetismo peculiar calvinista el hombre adquiría una metódica racionalización de la vida y una típica psicología que lo hacía reaccionar materialmente frente al mundo. Pero por lo mismo que los ideales de Lutero respecto a la economía eran conservadores; es decir enemigos del comercio y, por contra, alentadores de la civilización agrícola, su influencia en la actualización de la nueva postura espiritual fue mucho menor que la ejercida por los de Calvino, que, éstos sí, estaban muy lejos del prototipo ruralense tan caro al ex monje alemán:¹⁰⁸ “With all his rigour Calvin accepted the main institutions of a commercial civilization, and supplied a creed to the classes which were to dominate the future”¹⁰⁹

Claro es que no podemos adscribir sin ton ni son todos los aspectos de la vida moderna a la revolución calvinista; pero ella la facilitó en gran parte, basta sino recordar el papel de la Holanda recién independizada de España en el siglo XVII, refugio del pensamiento libre de toda Europa; es decir asilo de la conciencia disi-

¹⁰⁸ Contra lo que opina Brentano estimamos que la doctrina luterana y la influencia de la misma son más interesantes que el hombre Lutero (*Vid.* Funky Brentano, *Lutero*, Barcelona, Editorial Iberia, Joaquín Gil Editor, 1941, p. 237).

¹⁰⁹ R. Tawney, *op. cit.*, p. 94. [T. “Con todo su rigor Calvino aceptó las principales instituciones de una civilización comercial, y dio un credo a las clases que serían dominantes en el futuro”.]



dente, de la conciencia de libertad. De momento se hace difícil ver, y mucho más justipreciar, el papel que la revolución calvinista representó en el nuevo orden de la modernidad, como asimismo su aportación a ésta y al progreso; mas bien parece, como le pareció a Weber, que la contribución fue en cierto sentido obstaculizadora y hasta negativa: “The old Protestantism of Luther, Calvin, Knox, Voet, escribe, had precious little to do with what to day is called progress”.¹¹⁰ En efecto no tiene que ver mucho con el progreso, y sin embargo, le debe éste tanto.¹¹¹ El llamado *espíritu capitalista* no puede atribuirse totalmente a la influencia ejercida por el protestantismo; mas el aceptar esto no debe tampoco llevarnos a la otra postura radical de cierta escuela histórica empeñada denodadamente en demostrar que la Reforma es la *responsable* —el término jurídico no nos pertenece— de la catástrofe de la modernidad. Esta escuela no tiene nada de original y su labor consiste en aprovechar los estudios histórico-económicos, fundamentalmente alemanes, elaborados alrededor de la Reforma para llevar agua a su molino, al molino de la Iglesia. Partiendo de la idea de Weber de que la Providencia divina dota a cada hombre con una vocación en la cual él está obligado a laborar para poder salvarse; una vocación (*calling, Beruf*) cuyo valor viene medido en términos de los bienes producidos para el individuo mismo y la comunidad; y una vocación que al final de cuentas conduce a través de un proceso naturalmente egoísta a la acumulación de la riqueza privada, el profesor Robertson se atrevió a insinuar que tanto los protestantes como los católicos se vieron en el caso obligado de disimular y aceptar sin muchas protestas el levantamiento y entronización del capitalismo con su secuela de *interés*; es decir que la protesta tradicional contra la usura e interés se vio ahogada por la súbita erección y éxito del nuevo sistema económico,¹¹² con lo cual aquellas viejas practicas medioevales se fueron haciendo menos odiosas de día en día. La

¹¹⁰ M. Weber, *op. cit.*, p. 44. [T. “El viejo protestantismo de Lutero, Calvino y Knox, —escribe—, tuvieron poco que ver con lo que hoy en día se llama progreso.”.]

¹¹¹ Como agudamente percibió Dilthey “el poder del progreso en Europa no va vinculado a la negación de la religiosidad cristiana sino a su desarrollo” (*op. cit.*, p. 252).

¹¹² H. M. Robertson, *Aspects of the Rise of Economic Individualism: A Criticism of Max Weber and his School*, Cambridge University Press, 1933, p. xvi, 133, 136, 160, 223.



Iglesia Católica quedaba así comprometida como participante en la conformación del sistema económico capitalista; mas para aliviarla de semejante sambenito se ha mantenido contra viento y marea que el catolicismo poco o casi nada contribuyó al capitalismo, al revés de lo que hizo la doctrina del *calling* calvinista.¹¹³ Posiblemente no le falta razón a Robertson cuando escribe que la doctrina del *calling* ha sido interpretada a tuertas al hacerla única responsable del espíritu de lucro, de codicia y de ambición de la época capitalista;¹¹⁴ mas lo cierto es que ella dio a estos tres pecados capitales un sentido peculiar que no se halla ni en los días ya idos del viejo imperio sino-mongólico, ni en los para siempre sepultados del imperialismo español de los siglos XVI, XVII y XVIII. Haya sido torcida o recta la interpretación acordada a la doctrina del *calling* lo cierto es, como opina Latourette, que el calvinismo puritano vino a henchir la corriente capitalista que ya estaba en movimiento,¹¹⁵ si bien creemos, y en esto nos apartamos de Latourette, que el capitalismo, tal como lo conocemos hoy, y tal como lo conocieron nuestros padres y abuelos, nunca hubiera tenido lugar en Occidente de no haberle sido aplicado el vigoroso reconstituyente protestante, formidable tónico que disolvía los estorbos teológicos y permitía el libre desarrollo de las relaciones de propiedad.¹¹⁶ Tawney ha llamado la atención acerca de las repercusiones que sobre el mundo moderno ha ejercido la Reforma por haber ésta contribuido, o mejor será decir coincidido, con los nuevos intereses puestos en marcha gracias a la transformación económica y al espíritu comercializado de la asimismo reciente era. Contra la opinión admitida de que la Reforma representó el triunfo del espíritu comercial sobre la tradicional ética social de la Cristianidad,¹¹⁷ Tawney mantiene que no hubo ninguna vincu-

¹¹³ Vid. J. Brodrick, *The Economic Morals of the Jesuits: An Answer to Dr. H. M. Robertson*, Oxford University Press, 1934, p. 158.

¹¹⁴ Apud H. M. Robertson, *op. cit.*, p. 1, 32, 209, 211.

¹¹⁵ Cfr., Kenneth Scott Latourette, *A History of the Expansion of Christianity. Three Centuries of Advance, 1500-A.D. 1800*, 4ª ed., New York and London, Harper & Brothers Publisher, 1939, v. III, p. 408.

¹¹⁶ Harold J. Laski, *El Liberalismo Europeo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1939.

¹¹⁷ Apud R. Tawney, *op. cit.*, p. 82.



lación entre tales acontecimientos históricos, a lo sumo una mera concomitancia.

El pretendido triunfo del espíritu comercializado del capitalismo que andamos pesquisando no debe tampoco ser elucidado recurriendo a la tan socorrida explicación del afán de lucro, de la avaricia, del cálculo racional presupuestario, de la teneduría de libros por partida doble, de las conquistas coloniales y de la acumulación monetaria como factores operatorios. Sin dificultad todos ellos y otros muchos más que se nos figuran de actualidad pueden encontrarse en cualquier etapa histórica del pasado. Igualmente no podemos imputar, como quiere Sombart, el espíritu capitalista a la dispersión e influencia consiguiente por Europa del pueblo judío y, con éste, de sus prácticas comerciales y usurarias, a pesar de la similitud establecida entre la tesis puritana de la *prosperidad* —vestigio residual de la justificación— y la idea *mesiánica* típica del pueblo hebreo. Partiendo de la influencia que, sin lugar a dudas, el Viejo Testamento ejerció sobre los calvinistas, O'Brien propone con mayor propiedad apellidarla *judaísmo* en lugar del término *judío* utilizado por Sombart:

The influence of Judaism on Calvin having been established, it is easy to see how we can reconcile Sombart's thesis with Weber's. Judaism has undoubtedly played a very large part in the development of modern capitalism, but it has played that part, not directly, through the residence of jews in Christian communities, but indirectly, throughout it's impressing itself upon the Calvinist mind.¹¹⁸

A no dudar el judaísmo debe haber aportado su porción a la textura capitalista; pero él solo no puede definir la idea que nosotros andamos perquiriendo. Es un hecho palpable que el mayor desarrollo capitalista pertenece a los países protestantes, y asimismo es patente el éxito espectacular que los hace modelos

¹¹⁸ G. O'Brien, *op. cit.*, p. 129. [T. "La influencia del judaísmo en Calvino, una vez establecido, hace fácil ver como podemos reconciliar la tesis de Sombart con la de Weber. El judaísmo ha jugado sin duda un papel muy vasto en el desarrollo del capitalismo moderno, pero ha jugado esa parte no de forma directa a través de la residencia de los judíos en comunidades cristianas, sino indirectamente, imponiendo su sello en la mentalidad calvinista".]

universales en casi todas las actividades y prácticas de la vida. Esto nos lleva a pensar que la explicación no se encuentra en un simple determinismo histórico-geográfico, sino que en algo más profundo se halla la esencia que rebuscamos.¹¹⁹ Siguiendo a Weber podemos decir que los factores psicológicos que la ética protestante pone en juego son precisamente los responsables del espíritu capitalista, espíritu que sólo encuentra modo de hacerse presente a través de lo que se ha denominado ascetismo intramundano. Esta original práctica ascética cuya significación ya pusimos de manifiesto a su debido tiempo fue la que puso las bases de lo que había de ser el actual sistema capitalista, y fue también la misma que llevó su influencia imitatoria-contagiosa sobre países y gentes espiritualmente ajenos al dogma de Calvino. El éxito alcanzado por el calvinismo lo ha convertido en el modelo, en la didáctica más recomendable para lograr el máximo desarrollo del mundo moderno comercializado y progresivo. Con esto no queremos decir que la producción en escala gigantesca, con sus subsecuentes com-

¹¹⁹ La insuficiencia de lo religioso y lo meramente espiritual para conformar e interpretar la realidad condujo a tener que explicarla racionalmente; verbigracia al describir las leyes científicas de la naturaleza. No es que se pretendiera transformar el credo calvinista en un sistema demostrable, racional, pues las verdades de la religión no pueden ser descubiertas por la experiencia (Cfr. W. H. Werkmeister, *op. cit.*, p. 12), sino que considerando que en el cosmos existía un orden perfectamente articulado se pensó que dicho orden tenía también que ser extensivo al universo social; es decir que en la sociedad existían unas leyes naturales rectoras e independientes. Fundado en este descubrimiento, que sólo fue posible gracias a la crisis espiritual de la Reforma, pudo Dilthey afirmar que “dentro del dominio económico el sistema natural ha traído las terribles consecuencias del capitalismo” (*op. cit.*, p. 258). Un capitalismo con poderes limitados, sin obstáculos sentimentales o morales; de aquí que sea Dilthey y no Weber el primero que llamó la atención sobre el papel que en el desarrollo del mundo económico moderno le cupo al protestantismo, y el que representaron los principios iusnaturalistas. En esto, como en otras muchas cosas, Dilthey tuvo atisbos geniales, que fueron aprovechados magistralmente por otros pensadores aunque sin seguir el fecundo y a la vez difícil método emprendido por el Maestro. Hay quien quiere ver mejor en el espíritu capitalista una conjunción imprescindible de la teocracia calvinista con el fenómeno característico de la época renacentista denominado acumulación de capitales coacervados por medio de las tasaciones. El capitalismo no hubiera llegado a ser lo que es, se afirma, sin el concurso de las ideas protestantes. Ni Calvino, ni Knox, ni los puritanos de la Nueva Inglaterra tuvieron que ver nada de modo directo con los postulados y asunciones económicas del capitalismo; pero si tuvieron que ver, y mucho, en función de la influencia ejercida sobre los estamentos políticos por las ideas teocráticas sustentadas por ellos, como reformadores, a la mayor gloria de Dios y del Commonwealth (Vid. Ralph Barton Perry, *Puritanism and Democracy*, New York, The Vanguard Press, 1944, p. 305).



petencias internas las —luchas por los mercados exteriores—, que los trusts y los carteles, que las crisis de sobreproducción y sus desenlaces imperialistas subsiguientes, casi siempre traducidos en terribles guerras coloniales internacionales e intercontinentales, se daban inmediatamente a la nueva forma espiritual, al nuevo estilo de vida puesto de moda por Calvino. Pero la doctrina calvinista al apartar del hombre la responsabilidad trascendental, al enajenarle el libre albedrío, y al proporcionarle, por lo mismo, una ética especulativa, ontológica antes que meliorativa,¹²⁰ lo alejaba de los mandatos morales y lo encaminaba sin remedio hacia la obtención de las riquezas temporales, desde este momento consideradas como el don más elevado. En suma la vida del hombre había dado un viraje decisivo; la ambición y el apetito desordenado por todas las cosas barría con los últimos compromisos y horizontes morales. Cuando el hombre abandona a Dios —decía el de Aquino— pone su inquietud e interés en el aumento de los bienes temporales. No es, hay que ser justos, que los calvinistas abandonasen a Dios, sino más bien que el suyo resultaba sin quererlo ellos inane. No hay ciertamente ningún texto calvinista o puritano en donde se aconseje francamente la adquisición de riquezas,¹²¹ ¿pero qué otra cosa sino éstas puede amasar el creyente

¹²⁰ Vid. Harvey Gates Townsend, *Philosophical Ideas in the United States*, New York-Boston, American Book Company, 1934, p. 51.

¹²¹ Teniendo la paciencia de echarse al colete los cuatro voluminosos tomos de la *Institución Cristiana* de Calvino, puede uno darse cuenta de la razón que asistía a Baxter cuando afirmaba que Calvino tenía gran prevención contra las riquezas. Sin necesidad de acotar toda la obra se podrá ver por unos cuantos ejemplos cual fuera la actitud del reformador tocante este punto: El hombre, esto lo sabe muy bien Calvino, entrañado de corrupción es la fuente natural de la que brota el pecado, y entre éstos uno de los más horribles y temibles es el de la codicia, “enfermedad de codiciar que hai en nosotros, la cual se llama yesca del pecado i ser manantial i fuente del pecado” (3o., III, 2, p. 401). La fortuna próspera o adversa depende de la voluntad divina; al hombre no le toca sino resignarse con su sino: “la sola mano de Dios es la que modera i gobierna así lo que llamamos próspera fortuna, como la que llamamos adversa; i que esta mano de Dios no se arronja ni prezipita con un ímpetu inconsiderado, mas por una justizia mui bien ordenada dispensa asi el bien como el mal” (3o., VII, 10, p. 471). Y por último para que el hombre poseedor de riqueza no se ilusione demasiado con ella, Calvino señala que nunca falta una cruz que modere y detenga la soberbia desencadenada, “para que nosotros no nos hagamos muy feroces con la demasiada abundancia de las riquezas, para que no nos ensoberbecamos con las honras i dignidades, i para que los demas bienes del alma, del cuerpo i de la fortuna (como los suelen llamar) no nos hinchen, el Señor ocurre domando i enfrenando con remedio de Cruz la ferocidad de nuestra carne” (3o., VIII, 5, p. 474).



obligado como está a una actividad incesante y a una no menos continua y hasta avarienta economía? El trabajo y el ahorro son, de resultas, las máximas virtudes en sí mismas contradictorias, ya que cuanto más se practican mayores son los frutos y, por consiguiente, las incitaciones placenteras y suntuarias.

El ethos del capitalismo

El ascetismo intramundano es un intento de racionalización mucho más efectivo que el ascetismo católico. Ambos persiguen por medios racionales el dominio del más allá; pero lo que el más puro y sincero ascetismo católico busca a través de la renunciación, la caridad y las buenas obras, el calvinista lo encuentra en el cumplimiento de una vocación *sui generis*. El escenario de los dos ascetismos es el mismo, el más acá, mas cuán distinta significación le confieren ambos: el uno anhelando, por encima de todo, evadirse, muriendo ya no por no cumplírsele cuanto antes su muerte; el otro arraigado profundamente a su vivir dramático en el mundo.¹²² El trabajo se convierte en una técnica, en un ejercicio de salvación, como ya dijimos, en el objeto y fin de la vida; sólo la actividad incesable es agradable a Dios. El trabajo queda limpio del estigma original, dignificado; en cambio el reposo y la arlotía son declarados males irremediables. Todo esfuerzo adquiere una categoría moral porque es posibilidad de salvación; de donde todo el tiempo en blanco, a saber inactivo, es condenatorio. Si el tiempo, teológicamente hablando, es gracia, quiere decir que es máspreciado que el oro o tanto como éste. El *time is money* es sólo, en principio, un modo de comparación que subraya en términos monetarios, comprensibles al más lerdo, la significación preciosista

¹²² No parece sino que Heidegger y, con él, la proliferante madrépora del existencialismo fueran en última instancia, el desemboque ontológico de la desilusión protestante ya de vuelta del entusiasmo y optimismo intramundano descubierto por Lutero y perfeccionado por Calvino. Al menos parece atestiguarlo la radical unidad entre *existencia* y *mundo* que según el pensador alemán caracteriza a la existencia en cuanto tal, equivalente, excepto a la aspiración trascendental, a la unidad interactiva del hombre y mundo postulada por Calvino: ascetismo intramundano que elimina la eterna dificultad planteada por las escuelas filosóficas y por la mayoría de las religiones; es decir el sempiterno diálogo entre ser y mundo, entre contenido y continente, entre esencia y existencia.



ética de la sentencia. Con el tiempo hará de ella Franklin el resumen y consejo pragmático para todo hombre honesto, frugal, ahorrativo, egotista y, para su fuero interno, puritano. Hoy día el apotegma vale lo mismo para el abarrotero que para el capitán de empresa; el tiempo tiene el carácter único de la ganancia obtenida o malograda. Lo que comenzó poseyendo, según descubriera Weber, un sentido espiritual se convirtió en una máxima de insana ambición y sórdida avaricia. Como temía san Antonino el hombre vivió para las riquezas, y no las riquezas para el hombre. Desde Calvino a nuestros días de suyo tan caliginosos el exclusivo culto acreedor de los desvelos piadosos de Occidente ha sido el del dinero; la palacra es hoy por hoy el único dios ante el cual los hombres consideran digno inclinarse, doblegarse e incluso, a imitación de los ofidios, arrastrarse.

El calvinista, a pesar de todo, no está cierto de la gracia, tiene que asegurársela cada día, cada hora y minuto; ha de procurar revivificarla en todo instante, bruñirla y confricarla, dejarla jaspeante.¹²³ El fracaso material y espiritual son recíprocos. La fiducia del puritano ha de venir confirmada no por su pura conciencia, sino también por la de los demás. La mínima falla moral o económica (tanto llegan a identificarse los dos aspectos que resulta difícil discernir donde acaba el uno y comienza el otro) revela la caída honda y contentible; a su vez el más insignificante éxito confirma la elección divina, y la prosperidad se convierte en la virtud más estimada supuesto que entreluce la gracia. Dios se convierte en un posible empresario con el que es hacedero obtener ciertas seguridades de ganancia extraterrena. El trabajo perenne establecido como prescripción divina alivia al hombre del

¹²³ Existe una concomitancia curiosa entre la conciencia del honor en la España de los siglos XVI y XVII y la de la gracia calvinista en las mismas centurias. Ambos aspectos son de tal calidad y delicadeza que no se contentan con la persuasión íntima; mas aspiran, para ser valederos, a su reconocimiento por parte del prójimo, de aquí la necesidad del esfuerzo constante para mantener tanto a la una limpia como a la otra próspera. Tocante a la primera el menor empañamiento, la mínima duda, es signo de la mayor afrenta y vergüenza; respecto a la segunda la más liviana mengua, el más pequeño resbalón ético o económico transpinta la condenación, la clarea amenazadoramente. Se ve con facilidad que la herencia judaica (bíblica en los calvinistas, santos y puritanos; psicosocial en los españoles) influyó en las respectivas actitudes frente al mundo.



dintorno espantoso de la predestinación calvinista confiriéndole la alegría del vivir y especialmente la seguridad de salvación:

That was only possible by proof in a specific type of conduct unmistakably different from the way of life of the natural man from that followed for the individual, an incentive methodically to supervise his own state of grace in his own conduct, and this to penetrate it with asceticism.¹²⁴

Solamente en el cumplimiento de este llamado ascético se racionaliza la conducta en este mundo, pero a costa del otro invisible. La razón y objeto de la existencia humana se corporiza en el esfuerzo, aunque no aceptando simplemente una labor como mandato divino, mas metódica, convicentemente, sintiendo que en el cumplimiento ascético—intramundano se juega el hombre su ser presente y, a consecuencia de esto, su ser futuro. Por esta razón se considera como la mayor fortuna toda tarea o empresa humana que, sin sosegar un momento, obtenga pronta y substancialmente el sumo éxito. En esto estriba la causa de que se aconsejen cambios de profesión u oficio a fin de ver si por la mudanza más prestamente se allega el triunfo: una victoria cuyo correlato es la salvación, la salud.

If God —escribe Baxter al respecto— show you a way in which you may lawfully get more than in another way (without wrong to your soul or to any other), if you refuse this, and choose the less gainful way, you cross one of the ends of your calling, and you refuse to be God's steward, and to accept His gifts and use them for Him when he requireth it: you may labour to be rich for God though not for the flesh and sin.¹²⁵

¹²⁴ Max Weber, *op. cit.*, p. 153. [T. "Eso sólo fue posible probarlo en un tipo específico de conducta inequívocamente diferente al modo de vida del hombre natural del que seguiría un individuo; un incentivo para supervisar metódicamente su propio estado de gracia en su propia conducta, e infiltrar esto de ascetismo".]

¹²⁵ Richard Baxter, *A Christian Directory*, I, p. 24. Citado por Max Weber, *op. cit.*, p. 162. [T. "Si Dios —escribe Baxter al respecto— te muestra un camino por el que puedes legalmente obtener más que por otro (sin dañar tu alma o a otro individuo), si lo rechazas y eliges el camino de la menor ganancia, entonces cruzas uno de los fines de tu llamado y te rehusas a ser el mayordomo de Dios y a aceptar sus obsequios y usarlos para Él cuando Él lo requiera: puedes trabajar para ser rico aunque no para la carne y el pecado".]



El mandato teológico destruía los últimos obstáculos medioevales representados por la jerarquía de las funciones. La facticidad de los cambios de oficio y profesión arramblaba con los valladares corporativos y rompía con los valores propios de cada estamento o plano social. Esto puede explicarnos ahora por qué el calvinismo, que nace apoyando la organización organizada gremialmente, termina por entronizar la organización industrial basada en el trabajo libre; el vínculo moral-religioso de las asociaciones artesanales quedaba roto para siempre. Cuando haga su aparición el maquinismo el hombre se convertirá en un especialista; es, a saber, una tuerca más del complicado engranaje: el hombre al servicio de la máquina y no, como debiera ser, al contrario. La división y especialización del trabajo contribuirá cada vez más a crear al hombre mecanizado y autómatas tan humana cuanto dolorosamente satirizado por Charlie Chaplin en “Tiempos Modernos”.

La vida y el hombre han dado decididamente una bordada completa, el trabajo ya no cumple la función natural que tenía encomendada como satisfactor de las necesidades vitales dentro del marco gozoso de la alegría de vivir; el *ethos* del capitalismo lo ha modificado en tal forma que ya no hay ni la menor esperanza de retorno.¹²⁶

It makes work and gain an end in themselves, and makes men the slaves of work for work's sake; it brings the whole of life and action within the sphere of an absolutely rationalised and systematic calculation, combines all means to its ends, uses every minute to the full, employs every kind of force, and in alliance with scientific

¹²⁶ La última palabra referente al sistema de trabajo es la del obrero ruso Stajanov, inventor del sistema exhaustivo y racionalista de producción que lleva su nombre. Hasta ahora poseemos los datos cuantitativos y cualitativos acerca de la bondad del nuevo sistema; pero poco o nada sabemos en relación a sus valores espirituales y a su dignificación moral. Mas no sería difícil colegir que un sistema como éste sólo puede mantenerse a base de un entusiasmo y satisfacción íntimos ubicados más allá de la simple complacencia material, de la ambición crematística y del patriotismo y orgullo nacionales. El trabajo esclavista, conviene recordar a los escépticos, nunca fue económicamente productivo (véase la crítica que del stajanovismo hace Silva Herzog en su artículo “Los Estados Unidos o la Unión Soviética”, *Cuadernos Americanos*, México, 1950, núm. 3, mayo-junio, p. 13).



technology and the calculus which unites all these things together, gives to life a clear calculability and abstract exactness.¹²⁷

Es decir la teología calvinista sin una intencionalidad previa favoreció el proceso ético del capitalismo haciendo del *business is business*, como escribe O'Brien,¹²⁸ el santo y seña del capitalismo moderno. La riqueza obtenida por medio de los negocios deja de ser un medio para convertirse en un fin; no con objeto de gozarlas u holgárselas, mas por lo que ellas significan para el pecador. Cuando el capitalista moderno perdió necesariamente el rastro moral no le quedó otra cosa sino la inercia del ahorro y de la acumulación insaciable, amén de una descarada y casi cínica justificación de su codicia:

Not evil, but good, has come to the race from the accumulation of wealth by those who have ability and energy to produce it. The condition of the masses is satisfactory just in proportion as a country is blessed with millionaires. The duty of the millionaire is to increase his revenues. The struggle for more is completely freed from selfish or ambitious taint and becomes a noble pursuit. Then he labors not for self, but for others, and his daily labor is a daily virtue. The parable of the talents bears in the other direction. It was those who had accumulated and even doubled their capital to whom the Lord said: "Well done, thou good and faithful servant: thou has been faithful over a few things, I will make the ruler over many things: enter thou into the joy of thy Lord".¹²⁹

¹²⁷ Ernst Troeltsch, *op. cit.*, p. 133. [T. "Hace del trabajo y la ganancia un fin en sí mismos, y hace de los hombres esclavos del trabajo por el trabajo mismo; trae la totalidad de la existencia y de la acción dentro de la esfera de un cálculo absolutamente racionalizado y sistemático, combina todos los medios para sus fines, utiliza cada minuto hasta el máximo, emplea todo tipo de fuerza, y en alianza con la tecnología científica y el cálculo que une a todas estas cosas juntas, le da a la vida una planeación clara y una exactitud abstracta".]

¹²⁸ George O'Brien, *op. cit.*, p. 73.

¹²⁹ Cfr. Andrew Carnegie, *The Gospel of Wealth, and Other Timely Essays*, New York, The Century Co., 1900, *passim*. Este extraordinario capitán de industria, magnate del acero, comenzó como aprendiz ganando \$1.20 a la semana. Además de industrial quiso ser, como puede verse, escritor. [T. "No el mal, sino el bien ha resultado de la carrera por la acumulación de riqueza para aquellos que poseen la habilidad y la energía para producirla. La condición de las masas es satisfactoria sólo en proporción a un país bendecido



La religión ha quedado, pues, en situación ancilar frente al desarrollo capitalista; la religión exige del joven emprendedor y ambicioso cualidades que antes hubieran parecido prepósteras: dar de sí mismo el máximo rendimiento posible, aprovechar sus oportunidades, ser industrioso, fiel, recto y dispuesto, ahorrativo de tiempo y dinero, atento al deber; mas todas estas cualidades no se crea que han de adornar al joven en vista a su ingreso en el sacerdocio espiritual, sino con vista a su empleo en una tienda o almacén.¹³⁰ El hortera es, por tanto, el nuevo santo de la modernidad; las viejas virtudes religiosas han encontrado un sujeto insólito en quien ocuparse; desde luego nunca soñó el hombre con llegar tan alto y la religión, tan bajo.

El calvinista, volviendo a nuestro tema, que había comenzado entusiastamente inspirándose en la política social de la Edad Media con todo y su cortejo de controles, regulaciones y vigilancia de la preindustria, del comercio, de la usura y del préstamo a interés, terminó siendo el credo espiritual del capitalismo moderno y contemporáneo; el ascetismo intramundano, como cumplimiento de una vocación ineludible, había realizado el milagro. El capitalismo, podemos resumir, no es una creación del calvinismo; mas sin el característico *ethos* que éste pone a disposición de aquél el espectáculo de la modernidad cuantificada, ponderada y mensurada nunca hubiera sido posible.

El mammonismo del hombre moderno

El decidido propósito del hombre de llegar a ser rico, sintiendo el enriquecerse como un fin en sí mismo, equivalía a liberarse por completo de las supervivencias morales de la Iglesia; las añejas

con millonarios. El deber del millonario es incrementar sus ganancias. La lucha para obtener más se libera completamente de un tinte egoísta o ambicioso y se convierte en una meta noble. Entonces el trabajo no para sí, sino para otros, y su labor diaria, es una diaria virtud. La parábola de los talentos se aplica en otro sentido. Fueron aquellos que acumularon y más aún doblaron su capital a quienes el Señor dijo: 'Bien hecho, fiel y buen sirviente. Haz sido fiel sobre pocas cosas, yo haré reglas sobre muchas más: entra a la alegría de tu Señor'.]

¹³⁰ *Apud* William Makepeace Thayer, *Tact, Push and Principles*, Boston, J. H. Earle, 1881, p. 354



virtudes éticas del catolicismo se convertían por obra de Calvino en virtudes económicas.¹³¹ El mandato vocacional obligaba a aburrir riquezas sin hallar lindes a esta tendencia. La *sacra auri fames* que experimenta el calvinista no irá acompañada, como en el guerrero, del gesto heroico; pero es tan infinitamente glotona como la de éste. Supuesto que las riquezas no sean para ser elegidas no hay lugar al hartazgo o al hastío; tampoco lo hay para el remordimiento espiritual, si acaso la filantropía es la única salida: salida que si poco o nada tiene de cristiana, menos conserva de católica.¹³² El calvinismo, sin declararlo explícitamente, excusa el despojo del prójimo —individuo o nación— fundándose en un supuesto o efectivo incumplimiento del precepto divino. Se imagina al hombre no desde el punto de vista pesimista del catolicismo, que rechaza toda posibilidad de máxima perfección en este mundo, sino creyendo en la perfectibilidad del ser humano en el cumplimiento del reino de Dios en la tierra y en el pulimento de sus instituciones en plazo más o menos breve; de lo cual se sigue la creencia en la ascensión de la prosperidad y bienestar y se disculpan, dentro del ámbito de las relaciones internacionales, todas las intervenciones y apropiaciones territoriales fundamentándolo en el entibiamiento o incumplimiento del principio de incrementación del progreso. Adelantemos desde ahora que el famoso Destino Manifiesto tan traído y llevado por los comentaristas e historiadores norteamericanos tiene principalmente su fundamentación moral y religiosa en Calvino.

La propiedad adquirida, las riquezas, constituyen una virtud y, por lo mismo, son consideradas como un legado, un crédito o depósito que debe ser manejado a la mayor gloria de Dios. Es curioso observar la significación ética que hay bajo muchas palabras y expresiones usadas hoy por todos. Ya lo hicimos notar

¹³¹ Vid. Henri See, *Origen y evolución del capitalismo moderno*, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 64.

¹³² “Un testimonio concreto —escribe Burckhardt— de la separación entre la moral y el cristianismo lo tenemos, por ejemplo, en la filantropía de los tiempos actuales, que parte de una premisa fundamentalmente optimista y que proponiéndose como fin impulsar al hombre y estimular su actividad, es más bien una escuela del espíritu de lucro y de la preocupación por la vida terrenal que un fruto del cristianismo, el cual sólo reconoce, si es consecuente, el abandono de toda riqueza y limosna” (*op. cit.*, p. 178).



respecto al *time*, y ahora lo haremos con relación al depósito de que hablábamos y que fue denominado por los puritanos ingleses *trusts*:¹³³ legado divino que debe ser acrecentado y del que se ha de dar cuenta estrecha.¹³⁴ Pero modernamente la palabra *trusts* ha llegado a significar una coalición de negociantes monopolizadores de determinada producción. El objetivo inmediato de esta unión es obtener el máximo de ganancia eliminando toda posible competencia: el fideicomiso moral originario fue así proyectado con fines exclusivamente materiales en el círculo amplio de la asociación financiera.¹³⁵ La promesa de Dios expresada en el concepto de pueblo elegido —así se sentían los calvinistas y puritanos, herederos espirituales de los hebreos— se constituía lo mismo en sanción moral que en éxito en el mundo de los negocios;¹³⁶ pero con el tiempo el hombre puso más interés en la lucha por las riquezas, y la punición ética se trocó en un tenuísimo velo con el que cubrir el éxito descarado en el mundo. Mas para llegar a triunfar había que poseer las dos grandes virtudes descubiertas por el calvinismo: ambición y capacidad de ahorro; la sanción moral calvinista no daba para más. Todo buen protestante que se estime en algo siente las titilaciones que le produce el hormigueo de su afán de progreso y de medro en la ganancia. Todo ochavo malgasado, es decir que se aparte de estas premisas utilitarias se considera camino seguro de perdición. Dios lleva cuenta apretada de cada

¹³³ Cfr. George O'Brien, *op. cit.*, p. 120-128.

¹³⁴ Respecto a este legado, Calvino había escrito lo que sigue: "Porque muestra que todas las cosas nos son dadas de tal manera de la benignidad de Dios, i nos son deputadas para nuestro bien i provecho, que ellas son como un depósito, del cual habemos en lo porvenir de dar cuenta" (3o., X, 3, p. 488).

¹³⁵ Comprendemos que haya resistencia en admitir esta cabriola mortal realizada desde el trapecio ético, mas si de un blasón histórico bicolunado y atravesado de exultante lambrequín plus ultraico, símbolo rectificador de un *error* geográfico-clásico, y representación gráfica-heterodoxa de una *Cuarta Parte* más allá, controversia teológica de América, hacemos el signo de dólar \$ (En México lo hemos aceptado también para representar nuestro peso; pero menos de acuerdo con lo que debería ser nuestra heráldica tradicional lo hemos estilizado todavía más); y si todo el sentido histórico de la justificación de un continente se ha traducido por esta grafía monetaria —para Europa y para el mundo entero esta especie de sigla es la imagen mental y *real* de América, la sajona sobre todo—, ¿qué menos se podía esperar sino el salto de lo moral a lo material? Un brinco de siglos si se desea, pero que a las claras nos está diciendo que las nuevas virtudes cotizables son las que se encuentra cargadas positivamente como el ánodo.

¹³⁶ *Vid.* W. H. Werkmeister, *op. cit.*, p. 16.

tlaco mal empleado; a saber que no haya contribuido al fortalecimiento económico y, por ende, al mantenimiento de la gracia. A lo que se aspira es a una vida frugal, sin excesos; a un vivir metódico, sobrio y ahorrativo, sin ostentaciones ni lujos; pero, eso sí, cómodo, sencillo, limpio e higiénico.¹³⁷ Como afirma Sombart “in puritan ethics, the very opposite of magnificentia, miserliness, became one of the cardinal virtues”.¹³⁸ El desconocimiento de este dispositivo ético nos hace tomar con frecuencia al puritano por un avaro; mas sabida ya por nosotros cuál es la secuela que trae consigo la pobreza y el fracaso, entendemos que no es la avaricia lo que inclina al puritano al ahorro —principal virtud burguesa—, sino, como piensa Weber, el convencimiento de estar rea-

¹³⁷ En la *Institución*, Calvino repudia repetidas veces la riqueza desordenada y aconseja, en cambio, la vida frugal y honesta como el modelo a seguir por todos los píos: “La vida de los píos debe ser ciertamente templada con sobriedad i frugalidad de tal manera que en todo tiempo de su vida muestre cuanto pudo:se ser una zierta muestra de ayuno” (4o., XII, 18, p. 849). “Vivamos —escribe en el tomo tercero— santa y sobriamente en este siglo, esperando la bienaventurada esperanza i apareamiento del gran Dios i Salvador” (3o., XVI, 2, p. 344). La sobriedad que debe acompañar a la vida significa *castidad y templanza*, pero fundamentalmente debe ser “un puro i moderado uso de los bienes temporales” (3o., VII, 3, p. 464). En suma lo que aconseja a los hombres es “que se regalen lo menos posible, i por el contrario que sea vijilantísimo en cortar toda superfluidad i todo exceso i demasia en aparato” (3o., X, 4, p. 487). La burguesía de Holanda, Suiza, Inglaterra y la Nueva Inglaterra encontró en Calvino inspiración más que suficiente para desarrollar un estilo de vida sencilla, pero holgada; inostensible, mas cómoda; extremadamente rica, empero no deslumbradora (el gusto por el ceremonial oficial, la pompa y las galas de que dieron muestras los personajes oficiales de Massachusetts y Plymouth tal vez fue debido a la herencia medioeval y al residuo soberbial dejado por la misma —la soberbia es el pecado típico, según Huizinga (*op. cit.*), de dicha época—, lo que no prueba ni con mucho que el calvinista, el puritano y el *santo* fueran gentes por principio amantes del boato y la ostentación). El hogar, los trajes y el vivir de los puritanos y calvinistas de los siglos XVII y XVIII refleja el ideal intramundano, ascéticamente puro, limpio, ahorrativo y satisfecho. Basta echar una ojeada, todo lo superficial que se quiera, a la escuela pictórica flamenca de los siglos XVI y XVII para percibir diáfananamente dichos extremos y para percatarse de cual fuera el íntimo ritmo espiritual que la anima. Salvo Rembrandt, que se sintió acuciado por la radicalidad espiritual extremosa del calvinismo, los demás pintores de la escuela no hacen sino reflejar la vida satisfecha, confortable y redonda, activa e incansable, acumulativa y muelle de los comerciantes y empresarios, de los armadores, negociantes y prestamistas tan quisquillosos en punto a moral y doctrina, como en lo concerniente a ganancias, especulación y porcentaje; tan celosos en lo referente a su calvinismo como en lo relativo al atesoramiento ya de monedas o de letras de cambio.

¹³⁸ Sombart, *Quintessence of Capitalism*, p. 99 (véase G. O'Brien, *op. cit.*, p. 108). [T. “En la ética puritana, lo opuesto a magnificencia, avaricia, se convirtió en una de las virtudes cardinales”.]



lizando una prescripción ascética intramundana: el camino hacia las riquezas se desembaraza, pues, de obstáculos:

But it restricted consumption especially of luxuries. On the other hand, it had the psychological effect of freeing the acquisition of goods from the inhibition of traditionalistic ethics. It broke the bonds of the impulses of acquisition in that it not only legalized it, but (in the sense discussed) locked upon it as directly willed by God. The campaigning against the temptations of the flesh, and the dependence on external things, was, as besides, the puritans great Quaker apologist Barclay expressly says, not a struggle against the rational acquisition, but against the irrational use of wealth.¹³⁹

No está, pues, el mal en poseer riquezas sino en utilizarlas desafortadamente, ostentosa, viciosamente tal como lo hacía la aristocracia feudal-renacentista ya laica o eclesiástica. Se comprende por qué el calvinismo contenía en su fuero interno una reprobación de la riqueza señorial y, consecuentemente, un rechazo del estamento o estamentos que la poseían. El ideal ginebrino respecto a la riqueza se funda en el cumplimiento de un deber y en el disfrute práctico y parco de los dones obtenidos mediante él. El prototipo de la vida burguesa anteriormente indicado lo podemos ya resumir en una palabra que ha pasado a casi todos los idiomas indoeuropeos modernos resaltando las cualidades de comodidad y orden con anterioridad citadas: *comfort*.¹⁴⁰ La riqueza

¹³⁹ Max Weber, *op. cit.*, p. 171. [T. "Pero restringió el consumo, principalmente de lujos. Por otro lado, tuvo el efecto psicológico de liberar la adquisición de bienes de la inhibición de la ética tradicional. Rompió la atadura de los impulsos adquisitivos en que no sólo lo legalizó (en el sentido ya discutido) sino que lo aseguró con algo directamente deseado por Dios. La campaña contra las tentaciones de la carne y la dependencia en cosas externas, fue, también, como el gran apologista cuáquero Barclay lo expresa, no una lucha contra la adquisición racional, sino contra el uso irracional de la riqueza".]

¹⁴⁰ *Comfort* proviene del antiguo francés *confort*, vertido hoy en el verbo moderno *conforter*. Todos ellos así como el verbo español *confortar* derivan del latín *confortare* (de *cum*, con y *fortis*, fuerte). En castellano confortar vale por dar vigor, espíritu y fuerza, y como se puede ver la aceptación de algo que produce comodidad no está incluida (Consúltese la 17a. edición del diccionario de la Academia) aunque sí la posee el adjetivo *confortable*; *comfort* no posee aún prescripción académica. El tránsito desde lo espiritual a lo corporal nos parece ser típica aportación anglosajona implícita en la palabra *comfort*, que originalmente el latín desconocía y que, por lo mismo, fue ajena al francés y al español, y en general al resto, asimismo, de las lenguas romances.

utilizada para confort de la clase media es la auténtica y la única digna de merecer. A este sentido responden el tradicional *home* inglés y la arquitectura pseudoclásica del llamado estilo colonial norteamericano.

El mismo Jefferson dejó entre otros papeles cuando murió un proyecto funerario, un obelisco para su tumba que respondiera a las exigencias mínimas de sencillez y *comfort* exigidas por un muerto tan aristocráticamente democrático —tal creemos, sin duda, que él se consideraría— como él lo iba a ser. Es notable que aconsejara se hiciese “of a coarse stone” pues de este modo tenía la seguridad de que no tentaría a nadie, y de que no despertaría torpes ambiciones. Aun en la tumba quería hacer gala el gran Jefferson de su buen sentido burgués —y con el mejor lo escribimos— revelador de su contextura espiritual: “that no one might be tempted hereafter to destroy it [el monumento] for the value of the materials”.¹⁴¹ Muy mezquinos seríamos si interpretáramos esta justa aspiración de Jefferson como el mero deseo de no ser perturbado en su descanso eterno por los avatares de la vida y por los vaivenes del tiempo; porque lo que él quería más bien era predicar con su muerte ejemplo a las generaciones venideras; entregarles la pétrea y elocuente lección de una vida y muerte en claro, sin esfumaciones. En suma lo que quiso comunicarnos el gigante de la democracia norteamericana es que tanto en la vida como en la muerte la riqueza debería ser inostensible y humilde, sobria y sencilla, extremadamente práctica, que pasase por el mundo sin levantar miradas de reconcomio.

Frente a este singular panorama de virtudes burguesas cae de suyo que el fracaso, el desamparo y la miseria ocuparían el escalón ínfimo y extremo de la axiología calvinista.¹⁴² La pobreza

¹⁴¹ De una reproducción facsimilar del proyecto, *apud* John Holladay Latané, *A History of the United States*, New York, Allyn & Bacon, 1921, p. 228. [T. “Que nadie sienta tentación de destruirlo [el monumento] por el valor de los materiales”.]

¹⁴² En verdad Calvino jamás escribió que en la pobreza se transparentara la carencia de gracia; antes bien la consideró como una prueba de parecido valor a las que Jehova se complacía incomprensiblemente en someter a sus siervos elegidos; la Biblia chorrea toda ella con tales ejemplos. “Los pobres —escribe Calvino— sepan pasar su pobreza con pazienza para que la demasiada solizitud no los atormente” (3o., X, 5, p. 487). La pobreza vista desde el lado de la trascendencia es un bien; una prueba que sirve para acrecentar el goce futuro de los cielos: “Es verdad que cuanto a los hombres somos puestos en pobreza: mas



se reputó como un castigo de Dios; el calvinismo reconocía así su herencia bíblica y a través de ella deducía que la pobreza no sólo era una desgracia, sino que, allende esto, era además despreciable. El pobre éralo por incumplimiento de su vocación, señal infalible de su predestinación condenatoria. Querer ser pobre fue tan monstruoso como desear ser tullido; de aquí que el calvinista se subleve contra cualquier sujeto o pueblo que persista en arar en la pobreza. La caridad, por eso, no es un congiario divino dado a los protestantes, pues auxiliar a los pobres y repartir limosnas es tanto como querer enmendarle la plana a Dios e intentar rectificar su obra. La beatería y fariseísmo calvinista pudieron producir, como quiere Troeltsch, valerosos *entrepreneurs* que ayudaron grandemente al crecimiento del capitalismo,¹⁴³ pero también es verdad, por desgracia, que no produjeron ni tan siquiera un solo corazón generoso y humanitario.¹⁴⁴ La caridad, impediada por el

en cuanto a Dios nuestra riqueza se nos aumenta por esta vía de los Zielos" (3o., VIII, 7, p. 475). Hay, sin duda, cierta contradicción en este último cuando se le compara con la doctrina de Calvino relativa al papel que representan las obras; pero bien pudiera ser que Calvino no estuviese pensando en los que voluntariamente renuncian a las pompas de este mundo, a sus vanidades y riquezas, sino en los que, como le aconteció a Job, pese a sus esfuerzos todo se les trastueca. En Calvino, por último, la pobreza tiene doble significación según se le vea desde la vertiente divina o desde la humana: "Es bien verdad —escribe—, que la pobreza, si es en si misma considerada, es una miseria: lo mismo es el destierro, menosprecio, cárcel, afrenta: finalmente la misma muerte es a lo sumo de todas las calamidades. Mas empero cuando el favor de nuestro Dios se nos muestra, no hai cosa ninguna destas que no se nos convierta en gran bien i felicidad." (*Ibidem*, p. 475). Establece, pues, Calvino, aunque no lo escriba, que la pobreza es una maldición cuando ella significa renunciación voluntaria (suprema obra ascética en el católico auténtico y consciente); mas la pobreza en cuanto prueba o tanteamiento divino significa un bien sumo. Ahora bien desde el punto de vista del hombre la pobreza es pobreza, es decir señal de reprobación. Salta a la vista la dificultad para distinguir los dos tipos que la acuidad teológica de Calvino distinguía, de modo que el camino más expedito será apartarse cuanto antes de cualquiera de ellas. El hombre pobre no puede ser ante el prójimo sino un presunto condenado del que hay que huir tal y como se tratara de un apestado; por contra el hombre rico se siente y es sentido como un elegido, como uno de los que ya tienen asegurada la felicidad ultraterrena.

¹⁴³ Cfr. Ernest Troeltsch, *The Social Teaching of the Christian Churches* (traducido por Olive Wyon, de la primera edición de *Die Soziallehren der Christlichen Kirchen und Gruppen*, 1911), New York, The Macmillan Co., 1931, p. 812-813.

¹⁴⁴ Cfr. W. H. Werkmeister, *op. cit.*, p. 20. Para ser justos debiéramos excluir a los misioneros puritanos de la Nueva Inglaterra.

estorbo teológico,¹⁴⁵ bien pronto se agostó en el corazón de los prosélitos cercanos o lejanos a Calvino; el humor humano no tuvo más remedio que disolverse ante la rígida sequedad del decreto predestinatorio.

Esta ética incapacidad amorosa estuvo a punto de decidir el porvenir histórico de la doctrina calvinista cuando con motivo de la peste habida en Ginebra en 1543 los pastores de almas declararon públicamente que “preferían ir a la horca antes que al hospital de apestados”¹⁴⁶ para cuidar y consolar a los enfermos y moribundos. Calvino mismo al frente de sus cofrades se presentó ante el cabildo de la ciudad declarando resueltamente que ni él ni ninguno de los suyos se atrevería a prestar el menor auxilio a los inficionados. ¿Cómo iba él, Calvino, a oponerse a la voluntad de Dios? ¿En nombre de qué caritativos egoísmos podía intentarse y vindicarse?

¹⁴⁵ Entre todo lo escrito por Calvino no hay tampoco un sólo párrafo en donde se condene la caridad; por el contrario se encarece el valor de la misma a pesar de que el reformador percibía el tremedal de objeciones sobre el que estaba pisando. Pero hablar de caridad equivale a penetrar en el dédalo prohibido de las buenas obras, no tabuizadas precisamente por buenas, sino por la facultad trascendental que el catolicismo les otorga como operantes en esa especie de tierra de nadie existente entre el mundo de tejas abajo y el de tejas arriba; de aquí las repetidas y hasta enfadosas declaraciones del reformador de que las buenas obras carecían de facultades esperanzadoras. Hay que realizar buenas obras porque “de todo cuanto el Señor nos ha comunicado, con que nosotros podamos ayudar a nuestros prójimos, somos dispenseros, que somos obligados a dar cuenta como lo hayamos dispensado, que no hai otra manera de bien dispensar lo que Dios nos ha puesto en manos, sino aquella que se conforma con la regla de caridad” (3o., VII, 5, p. 466). Pero “no debemos considerar —continúa Calvino— que merezcan los hombres por sus propios méritos: mas que debamos considerar en todos los hombres la imagen de Dios, á la cual debe toda honra i amor” (3o., VII, 7, p. 468). Calvino, que conocía muy bien la debilidad humana siempre anhelante de eternidad, se da cuenta de que su doctrina está en entredicho no por lo que le falta de sutileza teológica, sino precisamente por exceso de ésta. Si se le quita al hombre el libre albedrío y con él el valor auxiliar de las obras sobrenaturalizadas abandona todo estímulo para bien obrar; mas si se le otorga juntamente con las rectas acciones entonces se ensoberbece: “Cuando el hombre es destituido de toda rectitud, luego de esto toma ocasión de torpeza: porque cuando le dizen al hombre que él de sí mismo no tiene poder de hazer ningun bien, luego no se le da nada de aplicarse a él, como que ya no tuviese que ver con él. Por el contrario, no se le puede conzeder lo menor del mundo, que luego no quite a Dios su propio honor, i que él no se hinche de una vana confianza i temeridad” (2o., II, 1, p. 152).

¹⁴⁶ Stefan Zweig, *Castalión contra Calvino*, Buenos Aires, Editorial Juventud Argentina, 1940, p. 84.